



*La Novela Femenina
Cinematográfica*

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Publicación semanal de asuntos de películas

Redacción y Administración:

Cortes, 719. - Barcelona

Año III

N.º 115

El regalo de boda

*Sugestiva producción, interpretada por la bella
artista*

BETTY COMPSON

y el simpático actor

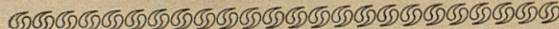
RAYMOND GRIFFITH,

entre otros muy conocidos.

Es una Película PARAMOUNT

Distribuida por

SELECCINE, S. A.



EL REGALO DE BODA

Argumento de la película



Grupos de turistas, ávidos de emociones, visitan los barrios bajos de San Francisco de California. Conociendo este deseo de curiosidad, gentes reñidas a menudo con la ley, explotan la ingenua fantasía de los viajeros, simulando fumaderos de opio, verdaderos tugurios chinos donde se respira la esencia lejana del Oriente.

Uno de estos garitos, taberna a determinadas horas donde se refugiaban hombres de pésima calidad social, y casa de té, cuando llegaban manadas de turistas, deseosos de admirar las costumbres de otro ambiente, era el dirigido por Smart, verdadero discípulo de Caco, y maestro consumado para sacar dinero a todo el mundo.

Entre los afiliados a su banda, estaba Molly, una muchacha astuta y lista que en compañía de unos cuantos compañeros de confianza, se encargaba de aliviar a los curiosos, del reloj, la cartera o alguna otra menudecia personal.

Una noche, Smart estaba de guardia, en espera de que cayese algún incauto, ante la puerta del garito. Pasó un elegante pollo, acompañado de dos mujeres y mostró deseos de ver el fumadero.

—Cincuenta dólares la entrada, señor. Es el antro más típico de la ciudad.

—Tenga usted el dinero.

—Aguarde un momento — respondió Smart, después de tomar los billetes.

Desapareció hacia el interior y gritó a los compañeros, pacientemente sentados alrededor de varias mesas:

—Afuera tengo un pollo de chistera que quiere ver un garito chino. ¡Prepararse para recibirla!

En un instante, se pusieron todos en movimiento. Y la taberna quedó convertida por arte mágico, en un verdadero fumadero, rodeado de literas sobre cuyo estrecho recinto yacían hombres y mujeres con la larga pipa en la boca, absorbiendo el veneno dulce que concede la voluptuosidad.

Smart, satisfecho por el veloz cambio operado, volvió a la calle.

Las dos muchachas que acompañaban al joven, se negaron a seguirle, despidiéndose de él. ¡Mucho cuidado no fuera a pasarse algo! ¡Estos chinos!...

El curioso se encontró de pronto ante la puerta de una gran sala, envuelta en los humos de pipas de densa humareda. La habitación estaba sumida en un claro-oscuro que daba a los objetos un contorno siniestro.

Un individuo, envuelto en sencillo kimono, le saludó con larga inclinación.

—¿Se puede pasar? — preguntó el pollo de la chistera, con el aire tímido de una juventud que se lanza al peligro por primera vez.

—Cinco dólares — respondió el guardián.

El joven pagó. Smart salió a su encuentro.

—Vea usted nuestro fumadero. ¡Es tan interesante!

Reinaba en la sala un silencio profundo. Los supuestos fumadores, desde sus literas, miraban por el rabillo del ojo a aquel infeliz que había caído bajo las garras de la pandilla. Ya no iban a dejarle hasta

que hubiese soltado el último billete. Tenían para elló una serie de trucos, de índole especial.

Y estos comenzaron. Un hombre pálido, demacrado, con un temblor convulsivo en los miembros, se arrodilló ante el visitante, lanzando terribles exclamaciones en idioma chino.

—¿Qué tiene ese hombre? — preguntó el de la chistera.

—Quiere diez dólares para comprar opio... Si no se los dan es capaz de matar a alguno. Le aconsejo le haga usted ese regalo.

El muchacho abrió de nuevo la cartera, y... ¡otro billete menos! El supuesto chino, con los dólares, salió corriendo.

—Oiga — dijo Smart—. ¿Quiere usted ver a la reina del barrio chino?

El pollo, después de dirigir la vista por la habitación que le parecía poco interesante, respondió:

—Sí...

—Veinte dólares.

Los pagó. Ya empezaban a escamarle esos asaltos continuos a su bolsillo. Pero, quien algo quiere ver, algo le cuesta.

Unas palmadas, y apareció Molly, convertida en una verdadera hada de la Celeste República.

—¡Nuestra Princesa! ¡Nuestra Señora!

Todos se postraron ante ella, rindiéndole la adoración que merecía tan alta dama. El visitante se arrodilló también, obligado por una enérgica orden de Smart.

—Ahora te dejaremos solo con ella. Podrás hablarla, leer en su corazón... Nosotros te dejamos.

Salieron todos del aposento. Los que dormitaban en las literas fueron obligados a levantarse más que de prisa. Y el joven quedó ante la princesa china, sin saber qué decir... Ella rompió el embarazoso silencio.

—¿Cuál es su gracia?

—¿Mi gracia? ¡Ah, ya! Jaime MacIntosh.

—Pues bien, señor MacIntosh... Tengo la seguridad de que puedo confiar en usted...

—Señora, usted dirá...

—Me tienen secuestrada, ¡sálveme usted!

Y Molly bajó la voz, mirando a su nuevo amigo con ojos dulces y miedosos. Por dentro, la muchacha



—Me tienen secuestrada... ¡sálveme usted!

refa viendo el espanto que parecía apoderarse del visitante.

—Princesa... haré por usted cuanto pueda...

—Escuche, pero, vienen... ya es inútil.

Smart, con aire de fiera en celo, seguido de varios individuos, entró en la sala.

—A ver, ¿cómo se llama usted? — dijo al joven.

—Manuel Dusonberry — respondió sin vacilar.

Molly frunció levemente el ceño. Le parecía haber oido poco antes otro nombre.

—Y ¿adónde quería usted llevarse a esa muchacha?

—Este señor quería rescatarme de vuestras inmunes garras — gimió Molly.

—¡Ah, esas tenemos! — dijo un sujeto de mala catedura—. Pues ese señor va a pagar cara su bromita.

Y asiendo un puñal quiso lanzarse violentamente contra el muchacho. Este, pálido, retrocedió. Smart se acercó al de la chistera y poniendo en sus manos una pistola, le dijo:

—Dispare usted pronto, sino, le matará...

La princesa china entretanto, daba gritos de dolor. El joven, aturrido, viendo ante él a aquel sujeto que iba a matarle, instado por Smart, disparó el arma, con los ojos casi cerrados.

Pero, joh, mala suerte! El del puñal cayó al suelo como fulminado por un rayo.

—¿Qué ha hecho usted? ¿Qué ha hecho usted? — gritó Smart, corriendo hacia el caído.

Puso una mano sobre el pecho del caído, y dijo:

—¡Le ha matado! ¡Sí que ha terminado mal la cosa!

El joven intentaba disculparse.

—Yo no apunté... ustedes me pusieron la pistola... ¡soy inocente!

—Eso lo dirá usted a la policía — gritó Smart, sulfurado—. ¡Le llevarán a la cárcel y le colgarán!

La chistera tembló sobre la cabeza estremecida del joven.

—¡A menos que busquemos a alguno para echarle la culpa! — siguió diciendo Smart con tono ya más conciliador.

Otro sujeto avanzó ante el supuesto asesino y le dijo:

—Si me das quinientos dólares, diré que lo he matado yo.

—¡Bien por Grenovbre! — respondió Smart—. Es-

to es nobleza... Qué, amigo, ¿se conforma usted con soltar esos quinientos del ala? Poco es para evitar el presidio...

El pollo bajó la cabeza.

—Tengan, tengan — dijo, vaciando la cartera—. Creo que hay más de quinientos dólares... me quedo sin un céntimo... Y ahora, déjenme salir...

—Nadie le molestará... no hemos de denunciarle nunca. Ya sacaremos nosotros el cadáver.

Y el infortunado joven, después de haber dado una última mirada a la princesa china, se encaminó a la puerta. Apenas llevaba unos segundos fuera, cuando volvió a entrar, acompañado de otro individuo, a quien el de la chistera decía con voz enérgica y dura:

—¿Están todas las salidas guardadas y preparado el coche para llevarlos a la cárcel?

—Todo, señor.

El estupor más profundo se pintó en el rostro de la pandilla. ¡Vendidos! ¡Engañados! Pero antes de que ninguno intentase defendirse, la supuesta víctima, revolviéndose en mano, obligó a todos a permanecer quietos.

—Por esta vez, la partida es mía... No me conocíais ¿verdad? Ahora os acordaréis de mí para siempre.

Les mostró la insignia de policía que llevaba en la mano y sonrió con audacia, mientras su auxiliar, revolviéndose en mano, desarmaba a todos los ladrones.

—Es inútil pretender huir. La policía me espera afuera... He querido conocer por mis propios ojos vuestros procedimientos para sacar dinero, pero esto ha terminado para siempre. Ea, tú — añadió, dando una patada al “muerto”—, levántate y anda...

El supuesto cadáver no se movió, pero otra furiosa caricia del policía le obligó a resucitar con ojos asustados. ¡Demonio! ¡Demonio! ¡Sí que habían sido engañados como chinos!

Molly no podía ocultar su asombro. ¡Y ella que

creyó al pollo de la chistera, una alondra infeliz!

—Oiga "princesa" — dijo el detective. — ¿Cómo es posible que una joven tan encantadora como usted, pueda estar entre estos criminales?

Sentóse sobre una mesa, dejando en ella, distraídamente, la chapa de detective.

—No contesta usted, ¿chinita? Usted no parece como ellos...

Molly no respondía, consumiéndose de rabia. ¡Les había tomado tan descaradamente el pelo!

Smart y sus compañeros puestos en fila eran contenidos por la pistola del auxiliar.

Pero Smart murmuró algo al oído del policía.

—Al jefe no hay quien le soborne — dijo éste.

—Es demasiado honrado!

Mas el ladrón mostró al auxiliar un buen paquete de billetes de Banco. ¿Hacía?

—No sé, no sé... — murmuró el agente.

Por si acaso, recogió en el forro del sombrero, un montón de dólares que los de la banda, uno a uno, le entregaron.

—Bueno... Veré si puedo convencer al jefe, aunque es difícil.

Acercóse al pollo de la chistera que seguía conversando animadamente con Molly y le comunicó algo en voz baja.

—Por esta vez os pondré en libertad — dijo el joven después de embolsarse tranquilamente el puñado de dólares. — Agradecédselo a esa muchacha, que me ha resultado simpática... Pero os advierto que en lo sucesivo no tendré compasión de vosotros.

Los ladrones vieron el cielo abierto. ¡Este sí que era un detective razonable!

El pollo y su auxiliar salieron lentamente del tugurio. Y Smart y sus amigos comentaron la desdichada suerte de aquella noche. ¡Más de mil dólares le habían dado al detective! ¡Otros negocios como aquél, y la miseria!

Molly dió un grito de rabia.

—Se ha burlado de nosotros, se ha burlado de nosotros, ¡el miserable!

—¿Eh? ¿Cómo?

—Mirad...

Y les mostraba la chapa que el pollo había olvidado sobre la mesa. Era un distintivo de inspector de contadores de la compañía de gas de San Francisco. ¡Un timador, un farsante! ¡No había tal policía ni tales carneros!

Molly salió al exterior y pudo ver en el muro de la pared frontera, perfilarse la sombra de los dos hombres que se repartían bonitamente el dinero. Luego les vió alejarse con aire jovial.

La muchacha quedó estupefacta. ¡Ah, pillo!

El pollo de la chistera y su amigo emprendieron el camino hacia las calles céntricas.

—Ha ido todo divinamente, John — decía el de la chistera. — Tu intervención no ha podido ser más oportuna.

—Te seguí toda la noche, según tus instrucciones, y cuando vi que dejabas a las muchachas y entrabas en el garito, me aposté ante la puerta, aguardando tus órdenes.

—Por esta vez, hemos sido más listos que ellos. Ni los profesionales del robo me vencen.

—Es que eres el único...

Y siguieron hablando, mientras alcanzaban ya los paseos principales de San Francisco.

**

A la mañana siguiente en los muelles de la ciudad, el millonario Clark recibía un valioso collar, procedente de Amberes. Era una preciosa joya engarzada en diamantes, y lo donaría como regalo de boda a su hija, que se casaba al siguiente día.

Temiendo que alguien pusiera sus manos profanas sobre el collar, el señor Clark había solicitado el au-

xilio del famoso detective Callaham para que ejerciera la necesaria vigilancia.

En el propio muelle, Clark mostró a unos policías los soberbios diamantes y el brillo de las gruesas y talladas piedras no deslumbró únicamente a los agentes de la autoridad, sino también a Smart, el jefe del garito que ya conocemos.

Smart escondido entre varias cajas alineadas, descubrió la soberana joya y se dispuso a dar un buen golpe. Siguió al millonario hasta su casa y luego al verle salir nuevamente continuó su persecución. Clark dirigióse a un hotel donde esperaba encontrar al detective Callaham, a quien presonalmente no conocía, pero del que le habían dado informes inmejorables.

En el mismo hotel se encontraba, a caza siempre de algún buen negocio, el pollo de la chistera, que como hemos podido ver, era uno de los granujas más hábiles de la ciudad. Su elegancia, su porte simpático y distinguido hacía que nadie le mirase con preventión. Parecía un verdadero aristócrata.

Su especialidad era cambiar constantemente de nombre de este modo, creía evitar los peligros de una sólida persecución.

El gomoso estaba en el "hall", cuando apareció un criado y llamó:

—¡Señor Fredy! ¡Está aquí el señor Fredy?

El pollo, por lo que pudiera suceder, respondió:

—Soy yo. ¿Qué ocurre?

—Aquí hay una señora que desea verle...

—¿Es bonita?

—Es vieja...

—Ah, entonces... yo no soy el Fredy por quien ella pregunta...

Y volvió a enfascarse en la lectura de un periódico. ¡Siempre iba a caza de ocasiones!

Poco antes había llegado el millonario Clark, dirigiéndose al "bureau". Smart que seguía sus pasos, acompañado ahora de Molly, a quien encontró por

el camino, espiaba todos los movimientos del ricachón.

Molly, señalando al joven de la chistera, dijo:

—Allí está el pájaro que nos dió aquella broma del garito chino... Es el más indicado para que nos ayude en este negocio.

Se dirigió hacia él y le dijo, sonriente y atrevida:

—¿Se acuerda usted de la reina del barrio chino? ¿Cómo andan los contadores de gas estos días?

El joven no se turbó. Se alegraba de encontrar otra vez a la "princesa". No le remordía la conciencia por la aventura del fumadero.

—Por lo que le conocemos — siguió diciendo Molly —, nos parece que es usted el hombre que nos hace falta para un negocio que tenemos entre manos...

—No me gusta entrar en sociedad con mujeres... Siempre acaban por meterlo a uno en un lío.

Otro criado apareció en el hall, y gritó:

—Señor Callahan. ¡Está aquí el señor Callahan?

—¡Yo soy! — dijo el de la chistera.

—Está un señor que quiere hablarle.

—En seguida...

Molly le contempló con extrañeza.

—Pero, hace un momento había oído que usted se llamaba Fredy...

—¡Oh, no haga caso! Todos los apellidos son buenos. Nunca sabe uno lo que puede sucederle teniendo siempre el mismo apellido.

Saludó, después de sonreir a Molly. Esta quedó deslumbrada. Pero, ¡qué hombre aquél!

El pollo de la chistera se dirigió hacia el millonario Clark, que era la persona que preguntaba por él.

—¿Es usted el señor Callahan? — le dijo Clark.

—Sí, señor.

—Me han dado excelentes referencias de usted... Pues bien... supongo le han enterado de lo que se trata... ¡Ya está aquí!

El joven se inclinó. ¡Lo celebraba! ¡Le estaban hablando en chino!

—Es una maravilla — siguió diciendo Clark, entusiasmado.

—Y ¿dónde está? — preguntó el granuja.

—Está guardado en la caja de caudales de mi casa. Venga a verlo esta noche. Mañana se celebra la boda.

El millonario le dió la dirección de su casa, encargándose no faltase a la cita. El granuja, ignorando de qué se trataba, pero vislumbrando algún nuevo y provechoso negocio, aceptó encantado.

Smart y Molly seguían comentando la actitud del pollo de la chistera. Conocía al millonario, luego,uniéndose a aquel, el éxito era seguro. Pero la llegada de otro personaje les hizo poner en guardia.

—Separémonos para evitar sospechas, que aquí viene el detective Callaham.

Smart salió del hall.

El detective Callaham, que frecuentaba aquel hotel de gente rica, había sido encargado para guardar el collar de Mr. Clark. Aquella noche se disponía a ir a casa del millonario, en ocasión de que éste daba una fiesta en sus salones.

Vió a Molly en el hotel y se sorprendió.

—Ya volvemos a lo de antes? ¿Por qué no sigue mi consejo y deja esta vida que lleva? — le dijo.

—Precisamente, estaba pensando ahora en reformarme... — respondió ella, sonriendo.

El joven de la chistera que acababa de despedirse del millonario, fué al encuentro de Molly.

—Oiga — le dijo —. Volviendo a hablar de aquel asunto...

Ella le lanzó una terrible mirada. ¡Silencio! ¿No vea al detective, allí?

—Señor Callaham, deseo presentarle al señor... señor...

Pero el detective volvió desdenosamente la espalda

al de la chistera. ¡No le conocía, pero sería otro pájaro!

Molly, con habilidad, mostró al pollo la insignia de policía que Callaham llevaba sobre el chaleco. El joven comprendió. ¡De modo que Callaham? ¡Y él había usurpado su personalidad!

—Hace un momento que le estaban a usted llamando — le dijo, sonriente.

El detective fué al "bureau", pero el millonario había ya desaparecido. Smart se acercó a Molly y salió con ella. Y el pollo de la chistera se dispuso a acudir aquella noche a la rica mansión del millonario para trabajar en lo que se presentara.

Con motivo de la boda de su hija, Clark daba una recepción en su palacio. Mostraba a todos los concurrentes, el soberbio collar que iba a regalar a su hija. Esta quería verlo, pero su padre, sonriente, lo escondió:

—¡Vete de aquí, hija! ¡No quiero que lo veas hasta después de la boda! Voy a guardarlo en la caja de caudales.

Y con el collar encerrado en precioso estuche, se dirigió a la contigua habitación.

Molly, pocas horas antes enterada de que existía una vacante, había conseguido entrar de camarera en casa del millonario. De este modo, con habilidad y astucia, lograría apoderarse del collar.

Ella penetró en el salón, sirviendo tazas de té a los concurrentes, y cuando vió que el millonario entraba en el cercano aposento, fué tras él con la bandeja en las manos, ofreciéndole el humeante néctar.

El señor Clark abrió ya la caja. Sintió pasos, y se volvió sorprendido.

—Se olvidó usted de tomar el té — dijo Molly con dulce sonrisa.

—Tiene razón... Por cierto, ¿quiere usted ver el diamante más grande que ha venido a este país?

—De mil amores...

Y el millonario que era hombre ingenuo y no sospechó precisamente por su ojo perspicaz, mostró a Molly la preciosa joya. Esta tuvo un momento en sus manos aquel precioso collar y se prometió hacer todo lo posible para que pasara a su poder.

Un criado advirtió a Mr. Clark que habían llegado ya los detectives. Molly, desapareció rápidamente, mientras el dueño de la casa guardaba el collar en la pequeña caja de caudales, que estaba colocada en el interior de un armario.

El verdadero policía Mr. Callaham y sus dos agentes auxiliares habían entrado en el palacio. Su sorpresa fué extraordinaria al ver a Molly pasar ante ellos con un servicio de té.

—¿Qué está usted haciendo aquí? — dijo el detective, escamado.

—Seguí su consejo y ahora vivo del trabajo honrado — respondió ella, tranquilamente.

—Usted ha venido por algo importante. Pero no jugará conmigo...

—Abandoné la vida que llevaba siguiendo sus consejos... y ahora no quiere usted creerme... En este mundo no se puede ser honrada...

El detective pareció conmoverse, y respondió:

—Quiero creerla a usted... Siga usted por el camino bueno y haré por usted lo que pueda.

Y Callahan seguido de sus dos agentes, penetró en los salones.

Molly, en el recibimiento, guardaba los abrigos de los invitados. Quedó deslumbrada al ver llegar, con su sonrisa tranquila, al pollo de la chistera.

—¿Qué ha venido usted a hacer aquí?

—Me han invitado — respondió él—. Lo que me extraña es verla a usted de camarera.

—Déjese de bromas... Ya sé que anda detrás del collar.

—¡Ah! ¿pero hay un collar? ¡Me ha dado usted la clave del enigma!

—No hay duda de que es usted listo, pero esta vez no se va a burlar de mí. El collar no va a ser suyo, sino mío...

—¿Quiere usted competencia? ¡La acepto! Nada me da miedo en este mundo.

Ella le volvió desdenosamente la espalda.

Entró en aquel momento el señor Clark, quien estrechó la mano del supuesto detective.

—Ah, ¿está usted aquí, señor... señor...?

—No recordaba bien el nombre!

—Cedarbrook... — respondió, inclinándose el elegante pollo.

Molly estaba boquiabierta. ¡Aquel hombre cambiaba cada media hora de apellido!

—Venga conmigo a la biblioteca y le enseñaré el collar.

El joven, después de dar una mirada triunfal a Molly, desapareció en compañía del millonario.

Al enseñarle el collar, el pollo sintió palpitárs violentamente su corazón. ¡Un tesoro, una fortuna!

—Eh, ¿qué le parece?

—Que no lo hay igual en la tierra.

El verdadero detective y sus dos auxiliares, entraron en la habitación.

—¿Quiénes son estos señores? — preguntó Clark.

El granuja, conociendo la identidad de los recién llegados, mostró la insignia de policía de uno de ellos, que guardaba bajo la solapa.

—¡Vaya! ¡Vaya! ¡Estando ustedes aquí, el collar está seguro y yo tranquilo! — agregó Clark.

Lo guardó en la caja, y luego salió acompañado del pollo de la chistera.

Callahan arrugó el entrecejo. ¡Aquel joven parecía sospechoso! Se imponía mucha vigilancia. ¿No le había visto en el hotel hablando con Molly?

Entretanto, Molly, había salido al jardín donde esperaban Smart y otro cómplice.

—El de la chistera está aquí — dijo ella—. Tendremos que andar listos...

Smart puso en sus manos varios útiles para abrir la caja de caudales. Pero, mucha discreción.



Ella le volvió desdenosamente la espalda.

El señor Clark, que había tomado al verdadero detective por ayudante del joven de la chistera, entró con éste en los grandes salones llenos de elegante atío.

Se acercó a su hija, y le dijo:

—Hija mía... voy a presentarte al señor... señor...

—Beechwood... — dijo el pollo.

Mr. Clark le presentó también a su futuro yerno.

Se enorgullecía de ir acompañado de un hombre de tal fama.

El detective Callaham y sus ayudantes entraron a su vez en el salón. Eran como invitados, pero vigilaban temiendo algún golpe contra el collar.

El millonario, alegremente, sin poderse contener, exclamó:

—Señores. Voy a tener el honor de presentar a ustedes al detective más famoso del mundo.

El pollo de la chistera hizo una seña para que "no le comprometiesen". A su vez, el detective Callaham, creyendo que iba dirigido a él el homenaje, se inclinó, ligeramente conmovido.

Callaham abandonó los salones, seguido de sus dos auxiliares.

—Me voy — les dijo—, pero no tardaré en volver. Vosotros seguid vigilando.

Uno de los invitados habló bajito con el señor Clark. Este le miró indignado y luego se acercó al falso detective.

—Aquí hay alguien que no quiere creer que usted es el detective más famoso del mundo.

—Déjeme usted probárselo — dijo riendo el joven—. Esconda su reloj mientras yo estoy fuera de la habitación, y verá cómo lo encuentro.

—No está mal. Y así le daremos una lección recordada.

Se produjo entre todos un movimiento de curiosidad. El pollo encerróse en la estancia vecina, después de cerrar bien la puerta. Aprovechó aquella oportunidad, para abrir el armario y procurar hacer lo mismo con la caja de caudales. Pero antes de que hubiese logrado su objeto, el señor Clark dió con los nudillos en la puerta.

—Querido señor... Está ya el reloj escondido.

El joven tuvo que volver al salón. Entre la especulación general, descubrió el reloj en una mano de la hija del millonario.

El señor Clark abría los ojos asombrado. ¡Bravo, bravo!

Pero el ladrón que deseaba que aquello se repitiera suplicó:

—Vuelva a esconderlo en un lugar más difícil...



—Señores. Voy a tener el honor de presentar a ustedes al detective más famoso del mundo.

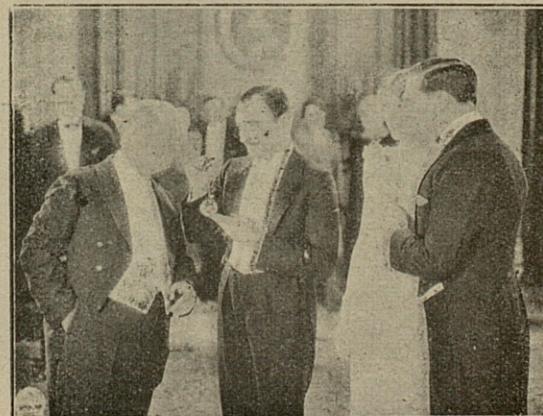
Tome todo el tiempo que quiera... y verá como lo encuentro.

Se encerró otra vez en la habitación contigua. Febrilmente se dirigió a la caja y sus dedos tantearon el mecanismo. Por fin acertó con la combinación. Iba a apoderarse del collar, cuando abrióse la puerta y la mano del señor Clark le hizo señas de que podía entrar.

Malhumorado, temiendo ser descubierto, levantóse

prestamente, dejando el estuche, y acudiendo al llamamiento. Nervioso, después de prodigar sonrisas y miradas, dió con el reloj. Lo tenía el futuro yerno del millonario.

—Quiero que me den ustedes una oportunidad. Escondalo donde les parezca... Lo encontraré...



—Vuelva a esconderlo en el lugar más difícil. Tome todo el tiempo que quiera y verá como lo encuentro.

Encerróse en la estancia, pero su sorpresa fué enorme al ver la caja de caudales vacía. Molly, que había estado espiando todos sus movimientos, aprovechando su última salida, se había apoderado de la joya.

La criada se disponía a abandonar la casa, cuando el millonario al verla pasar la llamó:

—Queremos probar al detective — le dijo — Tome este reloj y escóndalo.

La doncella, pálida y sobreexcitada, con el reloj en una mano, desapareció en el acto.

Esta vez Clark no tuvo necesidad de llamar al policía de la chistera. Comprendiendo que era Molly la ladrona, salió dando gritos:

—¿Dónde está la doncella? ¿Dónde está la doncella?

—¡Magnífico! — gritó el millonario ante los invitados atónitos — ¡Este hombre es un tesoro!

Molly había abierto la puerta del recibidor, pero volvió a cerrarla precipitadamente al ver en el jardín a los dos auxiliares de Callahan que la miraron con extrañeza.

Estos, sospechando algo entraron en el recibimiento, en el preciso instante en que el pollo de la chistera iba en persecución de Molly.

Molly, viéndose comprometida, escondió bajo el frac del falso detective el estuche del collar. De este modo si la registraban, podría librarse de toda responsabilidad:

El joven vió llegar al millonario y con un movimiento rápido desprendióse del estuche, guardándolo en una mano y procurando acercarse a la pared.

¡La misma Molly le entregaba aquella maravilla!

Mas un perro que entretenía los ocios de la señorita Clark y que rondaba por la estancia, acercóse cautelosamente y arrebató el estuche de las manos del granuja huyendo con su presa.

Esto fué tan rápido que sólo el muchacho se dió cuenta.

Pálido sonrió al señor Clark, quien le dijo:

—Qué ha encontrado usted el reloj?

—El reloj ¿eh? Agárrese conmigo para que no se caiga... ¡El collar no está en la caja!

—¡Demonios!

—Pero lo encontraré! ¡Vaya si lo encontraré!

Los auxiliares del detective Callahan contemplan extrañados la escena. ¡Tomaban al pollo de la chistera por otro policía!

Y el joven sin apellido, después de mirar a Molly, entró resueltamente en el salón.

En él, el perro había puesto sobre las rodillas de



Molly, viéndose comprometida, escondió bajo el frac del falso detective el estuche del collar.

la hija del millonario, el estuche que contenía la joya.

Velozmente el falso detective se apoderó de la joya y la entregó al señor Clark.

—Aquí la tiene usted... Y debería tener un poco más de cuidado con sus diamantes. ¿No vé que se los pueden robar?

Todos le felicitaron por su golpe de vista. Pero, ¿Quién había sido el autor del robo?

Ahora volveremos a poner el collar en la caja — dijo el de la chistera. Y seguido de Clark y de los dos auxiliares encerró la joya. Para evitar toda clase de sospechas, ordenó a estos últimos:

—Ustedes son responsables del collar...

—Lo guardaremos con nuestras vidas! — contestó uno de ellos.

Y el ladrón, con Clark, volvió al salón. Vió pasar a Molly, la llamó y le quitó el reloj que guardaba en el pecho, alzándolo con aire triunfal. ¡Nada se escapaba a su ojo avisado!

—¡Admirable! ¡Admirable! ¡Ya sabía yo que lo encontraría! — dijo Clark.

Poco después se dió por acabada la recepción, y la casa quedó silenciosa.

**

A las cuatro de la madrugada, el pollo de la chistera que había pernoctado en el palacio por lo que pudiera ocurrir, salía lentamente de su habitación, al mismo tiempo que Molly abandonaba, con sigilo, la suya.

Los dos coincidieron en el pasillo, y adivinando mutuamente sus intenciones, el joven explicó:

—Es una lástima que nos estorbemos el uno al otro. ¿Por qué no nos ponemos de una vez de acuerdo? ¡Casémonos!

Ella calló, y luego mirándole fijamente, repuso:

—Primero vamos a apoderarnos del collar. Luego... quizás acepte su idea...

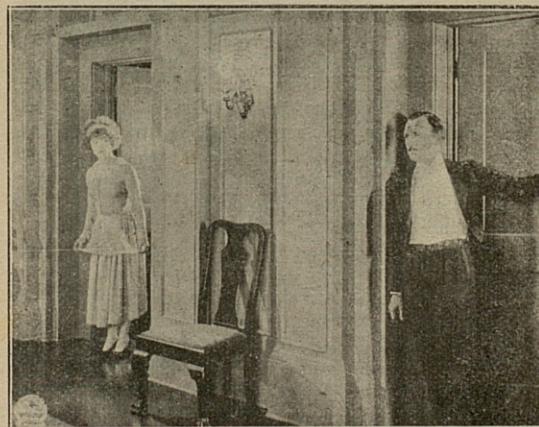
Y descendieron lentamente por la escalera hacia el piso de abajo donde estaba la caja.

El detective Callaham había entrado de nuevo en la casa, reuniéndose con sus dos auxiliares que guardaban el collar. De pronto, sintieron ruido. Alguien abría la puerta del jardín. Eran Smart y otro cómplice

que, extrañados por la tardanza de Molly, iban a apoderarse por su cuenta de la joya.

Callaham, revolverse en mano, les sorprendió. Molly y su nuevo compañero ocultos en mitad de la escalera, fueron testigos de la detención.

—Bien... bien... de modo que iban ustedes a robar,



...salió lentamente de su habitación.

—eh? ¡Perfectamente! — dijo Callaham, y luego, dirigiéndose a sus auxiliares, les ordenó:

—Quédense aquí mientras yo conduzco a ese par de puntos a la Inspección. Voy a hacerlos cantar y sabremos quienes son sus cómplices.

Maniató a los dos ladrones y salió con ellos, mientras los auxiliares volvían a sentarse ante la caja de caudales.

Molly sintió deseos de llorar.

—No se ponga triste por sus amigos — le dijo el joven—. Cuando tengamos el collar, lo venderemos y les haremos un buen regalo.

Iban a poner en ejecución su plan. El pollo cogió una pelota de "golf" y la hizo rodar escalera abajo.

Sorprendidos por el ruido, los auxiliares, fueron a ver lo que ocurría. Uno de ellos, linterna en mano, iluminaba las habitaciones, procurando averiguar el origen del rumor. Entretanto, el de la chistera entró en la estancia donde se guardaba el collar.

El perro había acudido también y cogiendo la pelota comenzó a juguetear con ella. Los policías rieron al comprender la insignificancia de la alarma. Pero al can que no estaba en buenas relaciones con la autoridad, le dió el capricho de querer apoderarse de la lámpara, arrebatándosela de manos del auxiliar, y sosteniendo con éste una violenta lucha.

El ladrón aprovechó aquellos momentos para abrir el armario y apoderarse de la cajita de hierro que contenía el collar. No tuvo tiempo de abrir el segundo encierro y cargó con ella a cuestas.

Creyó de pronto haber sido descubierto. El policía y el perro seguían luchando por la posesión de la linterna, y el can, teniendo la luz entre los afilados dientes, proyectaba rápidos y fantásticos redondelos de sombra en la habitación. Varias veces iluminó al ladrón con los haces de luz, pero el auxiliar, preocupado en librarse del perro, no reparó en el inmediato peligro.

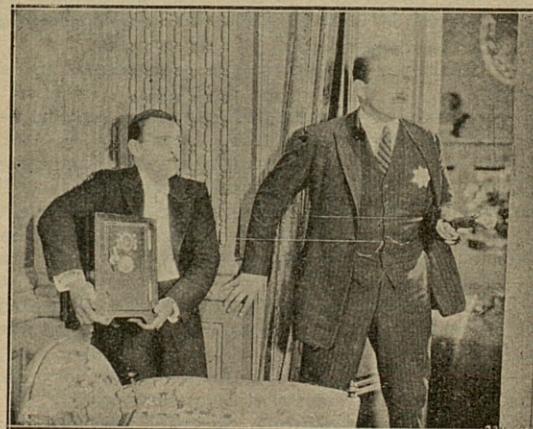
Por fin, recobró el policía la lámpara y se dirigió de nuevo al aposento donde estaba la caja. Le pareció escuchar otros ruidos y con la lámpara proyectó en distintos sitios de la pared, círculos de luz, sin lograr descubrir al granuja, a quien tuvo una de las veces a su lado, protegido por la sombra.

El joven subió la escalera, cargado con la caja. Molly le esperaba, temblando. Se escuchó el timbre del teléfono que estaba colocado en la misma escalera.

El ladrón puso un pañuelo sobre él amortiguando el sonido. Luego acercóse al auricular.

Era nada menos que el verdadero detective Callaham quien creyendo que hablaba con uno de sus auxiliares, dijo:

—Estos granujas han delatado a la doncella y al



...sin lograr descubrir al granuja...

falso detective. Detenedlos y esperadme, que voy ahí en seguida.

El ladrón entró en la habitación de Molly y dijo a ésta:

—Sus compañeros han "cantado"; Callaham viene a echarnos el guante. Tendremos que escapar como alma que lleva el diablo...

En un momento, el joven abrió la caja y se apoderó del collar. Guardólo en su bolsillo y dijo:

—Yo me voy... Mañana nos veremos y nos repararemos el botín...

Pero ella, que sospechaba de los propósitos de su nuevo amigo, protestó:

—Yo lo guardaré... Como soy la doncella nadie sospechará de mí.

Y le quitó la joya. Pero él volviéndosela a arrebatar, explicó su proceder:

—¿Cómo voy a permitir que se arriesgue de esa manera?

—¡Ya me lo figuraba! ¡Es usted un traidor! — respondió ella con indignación.

Los dos quedaron un momento apesadumbrados. Vueltos de espaldas, parecían meditar. Por fin, él, entregándole la joya, se la devolvió, diciendo:

—Tenga usted... Nunca hubiera creído que iba usted a dudar de mi honradez.

—Perdone, pero...

Se miraron con amor, con encanto. En su existencia de ladrones, un sentimiento amoroso ponía su nota perfumada.

—Molly... huyamos... el collar será para los dos... ¡Es tan bello! Huyamos y nos casaremos.

Se besaron y abrazaron... En aquel instante eran simplemente dos enamorados.

Pero... los auxiliares habían descubierto el robo al poner uno los pies en el armario y ver que la puerta se abría impulsada por el peso. Escudriñaron el interior y se convencieron de que la caja había desaparecido... Nerviosos investigaron las habitaciones, subiendo luego al piso primero y al oír rumor de voces, uno de ellos acercó el ojo a la cerradura, descubriendo el collar que sostenía una mano.

De un empujón entró en el cuarto. Pero el pollo de la chistera, sin perder la serenidad, del abrazo pasó al zarandeo y dijo brutalmente a Molly:

—¿Quién la ayudó a usted a apoderarse del collar? ¡Conteste! ¡Ah, llegan ustedes a tiempo, señores policías! He descubierto a esta mujer que se había apoderado de la caja. ¡Voy a llevarla a la Comisaría! Entretanto... vamos a volver el collar a su sitio.

Molly le contemplaba, horrorizada.

Y ante los policías atónitos que creyeron habérse las con un detective más listo que ellos, bajaron al piso inferior, volviendo la joya a su sitio.

Luego fué con ellos y Molly hasta la puerta del jardín.

—Ustedes sigan aquí guardando la joya. Yo voy a meter a esa mujer en la cárcel. Pero, ¿dónde está mi chistera? Por favor, no suelten a esta mujer, que voy a buscar mi sombrero.

El ladrón entró en el cuarto de la caja y velozmente se apoderó del collar, ocultándolo en uno de sus bolsillos, mientras en la estancia contigua, los dos auxiliares, de buena fe, creían en la culpabilidad de la camarera.

Dándole un empellón brutal, el joven salió con Molly de la casa... Pero hacía apenas unos minutos que estaban fuera, cuando llegó el detective Callaham, con varios guardias.

—¿Dónde están esos? — gritó.

—¿Quiénes?

—¿Quiénes han de ser?... ¡La doncella y el detective de la chistera!

—No hace cinco minutos que el detective se llevó a la muchacha a la comisaría — dijo ingenuamente uno de los auxiliares.

—¡Idiotas! — rugió el jefe—. ¿No os habéis enterado aún de que los dos son ladrones? ¿No os mandé por teléfono que los detuviésemos?

En vano se excusaron los policías. ¡No sabían nada... nada!

La indignación de Callaham y la sorpresa de sus auxiliares fué enorme al ver que el collar había des-

aparecido. Los dos policías no salían de su asombro. ¡Y ellos que habían visto guardar otra vez la joya!

—¡Idiotas! — rugió de nuevo el detective—. ¡Ay de vosotros si no logramos alcanzarles!

Salieron a la calle, y en un automóvil vieron huir a los ladrones.

—Hay que detenerles, sea como sea... Avisen por teléfono a todas las estaciones de policía próximas a la frontera. Con toda seguridad se dirigirán a Méjico.

Y mientras un agente iba a cumplimentar esta orden, Callaham y varios agentes subieron en otro automóvil en persecución de la pareja.

Y comenzó una carrera loca, desenfrenada por la carretera que conducía a Méjico. Habilmente, el ladrón manejó el automóvil, sorteando las curvas y los obstáculos del camino con precisión matemática.

—¡Nuestra salvación es Méjico! — decía a Molly—. Cuando hayamos cruzado la frontera, estaremos a salvo. Llevo encima el collar, no te asustes.

De todos los pueblos vecinos salían policías en motocicleta a perseguirles. Pero el joven, hábil conductor, les llevaba gran ventaja, y aun tuvo tiempo de cambiar un neumático, reventado en el camino, y de proveerse de gasolina.

Cuando ya la distancia se acortaba en forma peligrosa para ellos, llegaron a la frontera de Méjico. Antes, estuvieron a punto de caer en poder de los policías, por haberse vistos obligados a detenerse al paso de un tren. Pero, finalmente, unas pequeñas pirámides de piedra, les indicaron que estaban ya en tierra mejicana.

Les separaban pocos metros de sus perseguidores. Callaham, indignado, quería entrar en territorio extranjero. Pero otro jefe de policía lo impidió:

—No podemos cruzar la frontera. Podrían sobrevenir complicaciones de carácter internacional.

Y despechados, tuvieron que regresar. Entretanto, el ladrón había parado el automóvil.

—¡Por fin, estamos libres, Molly! — dijo, riendo—. Me parece que hemos dado un buen golpe.

Abrió el estuche, mostrando el soberano collar.

Pero Molly, repentinamente tristecida, como si algo hubiera cambiado en su corazón, respondió:

—Ya estoy cansada de esta vida. ¿Por qué no nos hacemos honrados?

—Una vez que hayamos convertido el collar en dinero, nos regeneraremos — dijo él, riendo.

En el alma de Molly, herida por la emoción del amor, que hace buenos los corazones malos, comenzó a vibrar el deseo nervioso de enmendar su vida. ¿Por qué seguir viviendo de aquel modo, con lo dulce y pacífica que es la existencia del amor?

—No, a mí me parece que deberíamos devolver el collar — murmuró.

—¿Devolver el collar? Si lo vendemos podríamos pasar una luna de miel estupenda.

—Con dinero robado nunca seríamos felices! — profetizó ella.

Esta vez, el ladrón la miró como si también, gracias al poder del amor, se encendiera en su alma la luz de la verdad. ¡Pero dejar el collar, que era la fortuna, la seguridad de vivir bien!

—¿De veras quieres devolver el collar? — preguntó.

—Sí, quiero que el viejo se lo entregue a su hija hoy al celebrarse la boda.

Miró a Molly y le pareció que era otra mujer.

—Bien... Molly... Como tú quieras... Pero tendremos que darnos prisa... Volvamos a California.

—Gracias, amigo, gracias... Esto nos remordería la conciencia para siempre... Y con nuestro amor debemos inaugurar otra vida...

Lanzaron el automóvil a loca velocidad, encontrándose otra vez en tierra de los Estados Unidos. Pronto dejaron atrás a los policías que al reconocerles emprendieron loca persecución. Ahora Callaham se las prometía felices. ¡Eran audaces, pero él les ganaría!

Y sorteando curvas, a una velocidad de cien kilómetros por hora, llegaron a San Francisco, ante la casa de Clark. Entraron en el palacio en el preciso instante en que, habiéndose efectuado la boda de la hija de Clark, el millonario se daba cuenta de que había sido robado, y daba grandes gritos buscando al detective de la chistera.

Este, que al entrar se había sentado en un amplio sillón, se levantó, y saludando gentilmente al millonario, le entregó el collar.

—Quisieron robárselo. Pero aquí lo tiene usted...

El señor Clark no podía ocultar su gozo. Puso en el cuello de su hija la joya, y luego dijo al falso detective:

—Permitame que le dé las gracias... señor... señor...

—Smith — respondió el pollo, tranquilamente.

—Le daré a usted una buena recompensa...

Apareció Molly, conduciendo la mesa de té.

Los invitados rodearon a los novios, felicitándoles y admirando de paso, la joya. Callaham y sus dos auxiliares entraron en el salón. Pero... vieron lucir en la garganta de la novia, el collar, y quedaron atónitos al contemplar al falso detective en animada y fraternal conversación con el millonario... Y a Molly, vestida de camarera, con ojos de humildad.

Les pareció que el mundo estaba trastornado. El pollo de la chistera les miró sonriente, al propio tiempo que acariciaba la espalda del millonario. Por aquella vez, el poder de los detectives se estrellaba ante la audacia del antiguo ladrón, ahora regenerado.

Pensando que era inútil protestar, pues la joya estaba en poder del millonario, Callaham y sus auxiliares, abandonaron el palacio. Quedaban desacreditados, fracasados. ¡Y luego que hablasen del mejor detective del mundo!

Entretanto, Molly se acercó a su novio y en voz baja, le dijo:

—Ya que tengo que casarme contigo, me parece que lo más natural es que sepa como te llamas. ¿Quieres decírmelo?

—¡John Martin! — respondió él, alegremente.

—¡Qué vulgaridad!

—Oye, si no te gusta ese apellido, me lo cambiaré...

Y sonrieron a la nueva existencia honrada que iban a emprender...

FIN

Con esta novela exija usted la postal-obsequio de
BÁRBARA LA MARR

Próximo número:

SANGRE y ACERO

por

HELEN HOLMES y WILLIAM DESMOND

Postal-obsequio: ALBERTO COLLO

La Novela Femenina Cinematográfica

Sale todos los viernes

Precio 30 cts.

UN ÉXITO ENORME

ha obtenido el libro 9.^º de las selectas
EDICIONES ESPECIALES de
LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

“COBRA”

por el malogrado RÓDOLFO VALENTINO

En preparación: **EL FIN DE MONTECARLO**

En la que reaparece por única vez la genial:

FRANCESCA BERTINI

y VIDA BOHEMIA

por Lillian Gish, John Gilbert, Renée Adorée,
Roy D'Arcy, etc.

AYER APARECIÓ

el libro 76 de la biblioteca *Los Grandes Films*
de LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

INOCENTE CONDENADO

por

Betty Compson, Richard Dix, Lewis Stone,
etc.

MUY EN BREVE

una preciosa novela de aventuras por cuadernos:

UN AVIADOR DE QUINCE AÑOS

Lectura instructiva, amena e interesante

EDICIONES BISTAGNE

A los Lectores

PIDA en todos los puntos de venta de España y a todos los Corresponsales, los números que le falten para tener completas las colecciones de las publicaciones de

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA

¡¡ NO LO OLVIDE NI LO DEMORE !!



A los Corresponsales

Le interesa tener stocks de todos los números de las publicaciones de

La Novela Semanal Cinematográfica

**Pronto: Grandes Concursos
Valiosos premios**

**Pida
detalles
a**

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA
Vía Layetana, 12. - Teléfono 4423 A. - BARCELONA